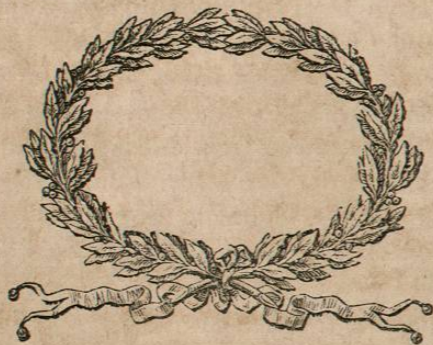


tud para vencerse, á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diverso, porque, viendo que era insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad, se rindió cobardemente á la desesperacion; y sacando la espada, se atravesó con ella. Se castigó como otro Edipo, con la diferencia de que al Tébano le cegó el dolor de haber consumado el crimen, y el castellano al contrario, se atravesó de sentimiento de no haberle podido cometer.

El desgraciado Don Valerio no murió al instante: tuvo tiempo de arrepentirse y pedir al cielo perdon de haberse quitado la vida á sí mismo. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Lerma, este ministro, que no habia echado en olvido la relacion que escribí del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para sustituir á este jóven.



## CAPÍTULO II.

Presentan á Gil Blas al duque de Lerma, quien le admite por uno de sus secretarios. Este ministro le señala el trabajo que ha de hacer, y queda gustoso de él.



ONTESER me participó esta agradable noticia, diciéndome:—Amigo Gil Blas, siento os separeis de mí; pero como os estimo, no puedo menos de alegrarme seais sucesor de Don Valerio. Hareis fortuna si seguis dos consejos que voy á daros: el primero es, que os mostreis tan adicto á S. E., que no dude que le profesais el mayor afecto; y el segundo, que hagais la corte á Don Rodrigo Calderon, porque este hombre maneja el ánimo de su amo como una blanda cera. Si teneis la dicha de agradar á este secretario favorito, me atrevo á aseguraros con certidumbre que subireis mucho en poco tiempo.

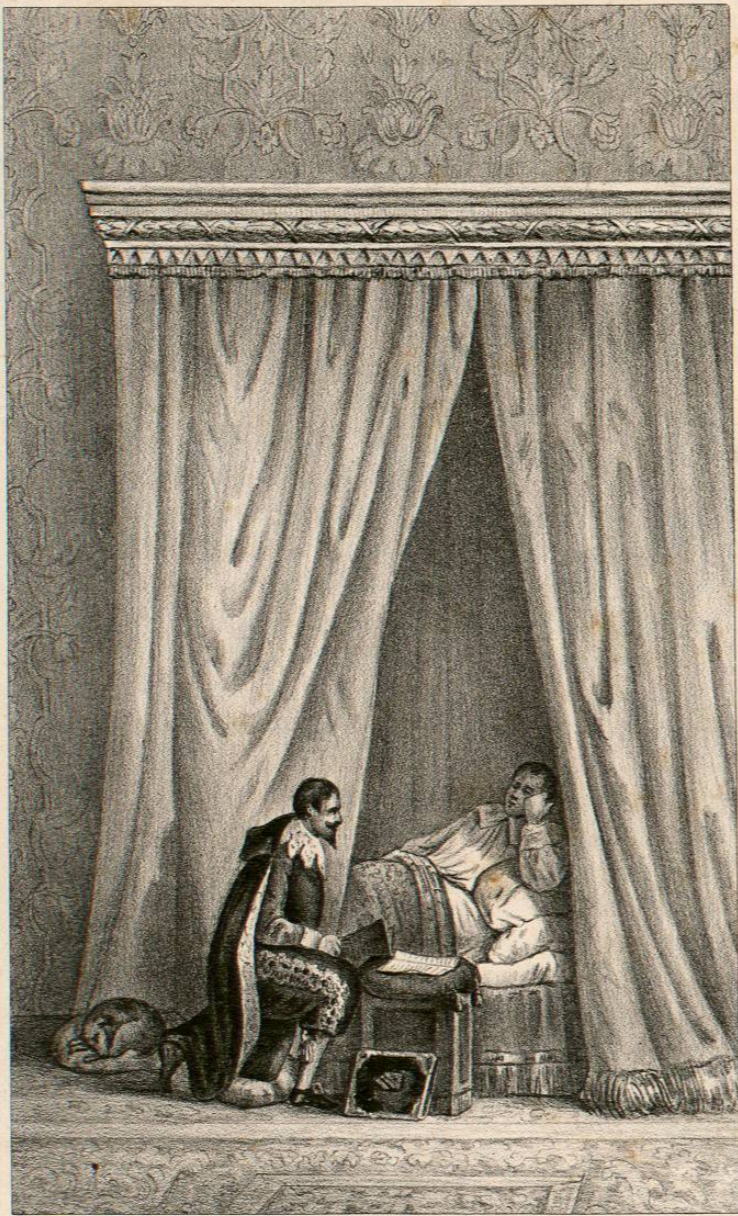
Dí las gracias á Don Diego por sus saludables consejos, y le dije:—Hágame vd. el favor de esplicarme el carácter de Don Rodrigo, porque he oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que están en candelero. Sírvase vd., pues, decirme lo que piensa del señor Calderon.—Asunto es delicado, me respondió el apoderado con una sonrisa maligna: á cualquiera otro le diria sin detenerme que es un hidalgo honrado, de quien no se podria decir sino bien; pero con vos quiero ser franco, porque ademas de que conozco vuestra prudencia, me parece debo hablaros claramente de Don Rodrigo, pues os he avisado que debiais guardarle miramientos: de otro modo no haria mas que serviros en medias.

Ya sabeis, pues, prosiguió, que era un simple criado de S. E., cuando todavía no era este mas que Don Francisco de Sandoval, y que por grados ha llegado á ser su primer secretario. No se ha visto nunca hom-

bre mas vano. Jamas corresponde á las cortesías que se le hacen, á no precisarle á ello razones muy poderosas. En una palabra, él se considera como un compañero del duque de Lerma, y en realidad podria decirse que participa de la autoridad del primer ministro, pues que le hace conferir los gobiernos y los empleos á quien se le antoja. El público frecuentemente murmura de ello; mas él no hace caso: con tal que saque lo que llamamos para guantes, le importa muy poco la censura pública. Por lo que acabo de decir, conoceréis, añadió Don Diego, cómo debeis portaros con un hombre tan altanero.—¡Oh! bien está, déjeme vd. á mí: muy mal han de andar las cosas para que no me estime: cuando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco diestro para no conseguirlo.—Siendo así, repuso Monteses, voy á presentaros ahora mismo al duque de Lerma.

Al instante pasamos á casa del ministro, á quien encontramos dando audiencia en una gran sala, en donde habia mas gente que en palacio. Allí ví comendadores y caballeros de Santiago y de Calatrava que solicitaban gobiernos y vireinatos; obispos que, siendo sus diócesis contrarias á su salud, querian ser arzobispos, nada mas que por mudar de aires; y tambien muy buenos religiosos dominicos y franciscanos que pedian con toda humildad mitras: ví tambien oficiales reformados haciendo el mismo papel que el capitan Chinchilla, esto es, que se consumian esperando una pension. Si el duque no satisfacía los deseos de todos, recibia á lo menos con agrado sus memoriales, y advertí que respondia muy cortesmente á los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que despachara á todos los pretendientes. Entonces Don Diego le dijo:—Señor, aquí está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de Don Valerio. Miróme el duque, y me dijo con mucha afabilidad, que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su despacho para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mi talento por mi conversacion. Quiso saber quien yo era y la historia de mi vida, diciéndome se la contase fielmente. ¡Qué relacion tan larga la que se me pedia! Mentir á un primer ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantos pasages que podian ajar mi vanidad, que no sabia cómo resolverme á hacer una confesion general. ¿Cómo salir de este apuro? Adopté el partido de disimular la verdad en aquellos puntos en que me hubiera avergonzado de decirla desnuda; pero, á pesar de todo mi artificio, no dejó de percibirla.—Señor de Santillana, me dijo conriéndose al fin de mi narracion, á lo que veo, vd. ha sido un sí es no es travieso.—Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado sea sincero, y le he obedecido.—Yo te lo agradezco, replicó: veo, hijo mio, que te has



librado de los peligros á poca costa; estraño que el mal ejemplo no te haya perdido enteramente. ¡Cuántos hombres de bien se pervertirian si la fortuna los pusiera á semejantes pruebas!

Amigo Santillana, continuó el ministro, no te acuerdes mas de lo pasado: piensa solamente en que ahora sirves al rey, y que te has de emplear en adelante en su servicio. Sígueme, que voy á decirte en qué te has de ocupar. Dicho esto, el duque me llevó á un cuartito inmediato á su despacho, donde tenia sobre varios estantes unos veinte libros de registro en fólío muy gruesos.—Aquí, me dijo, has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los reinos y principados de la monarquía española. Cada libro contiene, por órden alfabético, un resumen de la historia de todos los hidalgos del reino, en la que se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al estado, como tambien los lances de honor que les han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes, de sus costumbres, y en una palabra de todas sus buenas ó malas calidades: de modo que, cuando piden algunas gracias al gobierno, veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo sugetos asalariados en todas partes que procuran averiguarlo é instruirme enviándome sus informes; pero como estos son difusos, y están llenos de modismos provinciales, es necesario extractarlos y pulirlos, porque el rey quiere algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo cual desde este instante quiero emplearte en él.

En seguida sacó de una gran cartera llena de papeles un informe que me entregó, y me dejó en mi cuarto para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el papel, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros, sino tambien de encono, no obstante de ser su autor un fraile de la ciudad de Solsona. Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, denigraba sin piedad á una honrada familia catalana, y sabe Dios si decia la verdad. Juzgué leer un libelo infamatorio, y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia; no obstante, aunque recien introducido en la corte, pasé por alto el mal ó bien obrar del religioso; y dejando á su cargo toda la iniquidad, si la habia, principié á deshonrar en bellas frases castellanas á dos ó tres generaciones que acaso serian muy honradas. Ya habia compuesto cuatro ó cinco páginas, cuando, deseoso el duque de saber qué tal me portaba, volvió y me dijo:—Santillana, enséñame lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo pasó la vista por mi escrito, y leyó el principio con mucha atencion. Yo me sorprendí al ver lo que le gustó.—Aunque estaba tan inclinado á tu favor, me dijo, te confieso que has escedido á lo que esperaba de tí. No solamente escribes con toda la pro-

piedad y precision que yo quiero, sino que ademas encuentro tu estilo fluido y festivo. Bien me acreditas el acierto que he tenido en escoger tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El ministro no hubiera limitado á esto mi elogio si á este tiempo no hubiera venido á interrumpirle su sobrino el conde de Lémos. S. E. le dió muchos abrazos, y le recibió de un modo que me hizo entender le amaba tiernamente. Los dos se encerraron para tratar en secreto de un negocio de familia de que luego hablaré, y del que estaba el duque entónces mas ocupado que de los del rey.

Mientras estaban encerrados oí dar las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dejaban á esta hora el bufete para ir á comer á donde querian, dejé en aquel estado mi ensayo, y salí para ir, no á casa de Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y despedido, sino á la mas famosa hostería del barrio de Palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. *Piensa que ahora sirves al rey.* Estas palabras que el duque me habia dicho, se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas semillas de ambicion que fermentaban por momentos en mi ánimo.



## CAPÍTULO III.

Sabe Gil Blas que su empleo no deja de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á guardar



Al entrar tuve gran cuidado de hacer saber al hostero que era yo un secretario del primer ministro, y como tal no sabia qué mandarle que me trajese de comer. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y así le dije me diese lo que le pareciera. Me regaló muy bien, y me hizo servir como á persona de distincion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar tiré sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la cuarta parte, saliendo de la hostería con gravedad y tiesura, en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A veinte pasos habia una gran posada de caballeros en donde de ordinario se hospedaban señores extranjeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta, y pagué adelantado el primer mes. Despues de esto volví á mi tarea, y empleé toda la siesta en continuar lo comenzado por la mañana. En una pieza inmediata á la mia estaban otros dos secretarios; pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para grangear mejor su amistad los llevé á casa de mi hostero, en donde les hice servir los mejores platos que ofrecia la estacion, y los vinos mas delicados y estimados en España.

Sentámonos á la mesa, y empezamos á conversar con mas alegría que entendimiento, porque, sin hacer agravio á mis convidados, conocí desde luego que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban en su secretaría. Eran hábiles á la verdad en hacer hermosa letra redonda y bastardilla; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las universidades.

En recompensa sabian con primor lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan embriagados con el honor de estar en casa del primer ministro, que no se quejasen de su estado.—Cinco meses ha que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos pagan el sueldo; y lo peor es que está por arreglar, y no sabemos bajo qué pié estamos.—Por lo que hace á mí, decia el otro, quisiera haber recibido veinte zurriagazos en lugar de sueldo, con tal que me dejasen la libertad de tomar otro destino; porque despues de las cosas secretas que he escrito, no me atreveria á retirarme de mi propio motivo, ni á pedir licencia para ello. Bien puede ser que fuese á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

—¿Pues cómo hacen vds. para mantenerse? les dije: sin duda tendrán hacienda. Me respondieron que muy poca; pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada, que les fiaba, y daba de comer á cada uno por cien doblones al año. Toda esta conversacion, de la cual no perdí palabra, bajó al punto mis humos altaneros. Me figuré que seguramente no se tendria conmigo mas atencion que con los otros: que por consiguiente no debia estar tan satisfecho de mi empleo: que era menos sólido de lo que yo habia creido, y que en fin debia economizar mucho el bolsillo. Estas reflexiones me sanaron de la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á aquellos secretarios, y á desear se acabase la comida; y cuando llegó el caso de pagar la cuenta, tuve una disputa con el hostero sobre su importe.

Separámonos á media noche, porque no les insté á que bebieran mas. Ellos se marcharon á casa de su viuda, y yo me retiré á mi soberbia habitacion, lleno de rabia de haberla alquilado, y prometiendo de veras dejarla al fin del mes. Á pesar de que me acosté en una buena cama, mi desazon me quitó el sueño. Pasé lo restante de la noche en discurrir los medios de no servir de balde al rey, y me atuve sobre este particular á los consejos de Monteser. Me levanté con ánimo de ir á cumplimentar á Don Rodrigo Calderon, hallándome entonces en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan altivo, y de cuyo favor bien conócía yo que necesitaba; y con efecto pasé á casa de este secretario.

Su vivienda tenia comunicacion con la del duque de Lerma, y era igual á ella en magnificencia: no hubiera sido fácil distinguir por los muebles al amo del criado. Dije le entrasen recado de que estaba allí el sucesor de Don Valerio; pero esto no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala.—Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga vd. paciencia si gusta. Á vd. le harán morder el ajo antes que vd. se lo haga morder á otros.

Al fin abrieron la puerta del cuarto: entré, y me acerqué á Don Rodrigo, que acababa de escribir un billete amoroso á su Sirena encantadora,



y se lo estaba entregando en aquel momento á Perico. No me habia presentado al arzobispo de Granada, al conde Galiano, ni aun al primer ministro, con tanto respeto como ante el Señor Calderon; le saludé bajando la cabeza hasta el suelo, y le pedi su proteccion en términos de que no puedo acordarme sin rubor, tan llenos estaban de sumision. En el ánimo de otro menos vano que él no me hubiera hecho ningun favor mi bajeza; pero á él le agradaron mucho mis rastreros rendimientos, y me respondió con bastante cortesía que no malograria ninguna ocasion en que pudiera servirme.

Sobre esto le dí gracias con grandes demostraciones de celo por la inclinacion favorable que me manifestaba, y le aseguré de mi eterno reconocimiento: despues, temiendo incomodarle, salí suplicándole me perdonase si habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que di ese paso tan indecoroso, me retiré á mi despacho, y concluí la obra que se me habia encargado. El duque no dejó de entrar por la mañana, y quedando no menos complacido del fin de mi trabajo que del principio, me dijo:—Esto está muy bueno; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico en el registro de Cataluña, y concluido, toma de la bolsa otro informe, que pondrás en órden del mismo modo. Tuve una conversacion bastante larga con S. E., cuyo modo afable y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia entre él y Calderon! Eran dos personas que contrastaban singularmente.

Aquel dia me fuí á una hostería en donde se comia á precio fijo, y resolví ir allí de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producian mi respeto y sumision. Tenia yo dinero para tres meses á lo mas, y me prescribí este término para trabajar á costa de quien hubiese lugar, proponiéndome, siendo las locuras mas cortas las mejores, abandonar, pasado este término, la corte y su oropel si no me señalaban sueldo. Dispuesto así mi plan, nada me quedó por hacer en dos meses para agradecer al Señor Calderon; pero hizo tan poco caso de todo lo que yo practicaba para conseguirlo, que perdí las esperanzas. Mudé de conducta con respecto á él, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que yo tenia con el duque.

